



de las montañas, á Parco, y desde allí, algunos días despues para extraviar al enemigo, al Gibibrossa, situado al Sudeste de Palermo, donde se reunió con los voluntarios sicilianos que Lamasa había reunido entretanto. Durante este tiempo el coronel Bosco, que había salido de Palermo con unos 6,000 hombres en busca de Garibaldi, marchó llevando á vanguardia una pequeña partida de 250 hombres, pero que conducía todos los cañones, y pasando por Parco hácia Corleone se alejó muchas leguas de la capital. Esta ocasion fué aprovechada por Garibaldi para efectuar un ataque contra Palermo.

La primera embestida, dada en la madrugada del 27 de mayo, tuvo un brillante éxito. Los expedicionarios tomaron la puerta del Este y rechazaron paso á paso á la guarnicion hácia el palacio real, el castillo de mar y algunos otros puntos. La poblacion hizo causa comun con los libertadores y empezó á construir barricadas; mas á pesar de esto era difícilísima la situacion de Garibaldi, porque iban faltando á los suyos las municiones, mientras el fuerte y la escuadra bombardeaban la ciudad, y Bosco regresaba con sus seis mil hombres. En esta situacion aceptó el armisticio que le ofreció el 30 de mayo el general Lanza, que desde el 18 tenía el mando en jefe y que encerrado en el palacio real estaba falto de víveres y deseaba desembarazarse de sus heridos y muertos. Este armisticio, fijado al principio en veinticuatro horas, fué prolongado dos veces, hasta que el 6 de junio se resolvió Lanza á capitular, abandonando la capital y obteniendo libre salida con sus veinte mil hombres, cuyo embarque duró catorce días. El 20 de junio las últimas tropas reales evacuaron la ciudad.

En este mismo día Garibaldi, que entretanto había organizado la administracion y formado un ministerio, en el cual Crispi se encargó de la cartera del Interior, recibió los primeros grandes refuerzos, á saber: dos mil quinientos voluntarios que le llevó Medici. Con éstos y la fuerza que tenía formó tres divisiones, de las cuales mandó una á las órdenes de Bixio por Corleone á la costa meridional, la otra á las órdenes de Turr por el interior de la isla á Catania, y la tercera á las órdenes de Medici á lo largo de la costa Norte, todas tres con órden de reunirse delante de Mesina. Las dos primeras divisiones no encontraron resistencia notable, pero contra la division de Medici marchó desde Mesina el coronel Bosco con cuatro mil hombres, y fracasando su primer ataque tomó el 17 de julio una posicion de flanco en la angosta península de Milazzo, que se extiende en el mar en direccion Norte. Al saber esto Garibaldi, que había recibido entretanto otro refuerzo de mil quinientos hombres, llevado por el coronel Cosenz, marchó adonde estaba la division de Medici y resolvió atacar á Bosco el 20 de julio. Este había escogido una posicion excelente, apoyándose su derecha en el fuerte de Milazzo, cuya artillería la protegía, el centro en la costa que tenía detrás de sí y el ala izquierda en las muchas casas y caseríos fáciles de defender. Garibaldi hizo esfuerzos inútiles durante toda la mañana, y hasta tuvo que retroceder su izquierda; pero por la tarde el combate en su ala derecha se inclinó á favor suyo y el enemigo se retiró con toda su fuerza al fuerte, mientras los garibaldinos ocuparon la ciudad y se fortificaron en ella levantando barricadas. Tres días despues tuvo que capitular Bosco, cumpliendo con instrucciones recibidas de Nápoles, obteniendo libre salida el 28 de julio. Las tropas reales entregaron á Mesina sin combate, conservando solo la ciudadela y algunos fuertes del puerto; porque el gobierno napolitano, convencido de que no podía conservar la isla, se había decidido á evacuarla y á salvar las tropas que allí tenía para la defensa del continente.

Esta resolucion costó mucho, como es de suponer, al joven rey. A la noticia del desembarco y de las primeras victorias de Garibaldi, Francisco II se dirigió á las cortes extranjeras con amargas quejas y acusaciones contra el Piamonte, y en parte tambien contra Inglaterra, y reclamó la garantía de las grandes potencias en favor de la integridad de su reino; pero á pesar de la indignacion que manifestaron la mayor parte de los gabinetes, excepto acaso el inglés, ninguno se mostró dispuesto á encargarse de este compromiso, y el conde de San Martino, que fué enviado á Paris como embajador extraordinario, regresó con el consejo de que el rey procurara atraerse al pueblo con concesiones liberales. Francisco II se decidió en efecto á valerse de este medio y sorprendió á los napolitanos en 25 de junio desde Pórtici con una proclama concediendo amnistia completa por todos los delitos políticos, nombrando un ministerio liberal bajo la presidencia del conde de Spinelli, aceptando la bandera tricolor italiana y prometiendo una alianza con el Piamonte y la redaccion de una constitucion para Nápoles y Sicilia. La isla recibiría, segun esta proclama, un gobierno autónomo bajo el mando de un príncipe real en calidad de virey. Estas concesiones tardías aumentaron la excitacion en lugar de satisfacer á la poblacion de Nápoles, y un comité revolucionario secreto las declaró sin valor, como arrancadas á la fuerza. El 28 de junio ocurrieron grandes desórdenes en la capital y el ministerio tuvo que decretar el estado de sitio, mientras por otro lado esforzó en dar garantías de su sinceridad decretando la formacion de una guardia nacional, la libertad de la prensa y el restablecimiento de la constitucion del 10 de febrero de 1848. Esto, sin embargo, no mejoró la disposicion de los ánimos; los periódicos nuevamente fundados, los refugiados y desterrados que regresaron, no quisieron oír hablar de la continuacion del dominio de los Borbones y trabajaron celosa aunque ocultamente en favor de Víctor Manuel y de la Italia unida.

Para Cavour el cambio del gobierno de Nápoles en sentido liberal fué un compromiso mas. Antes había deseado llegar á una inteligencia con el gobierno napolitano; pero á la sazón tomaron sus esperanzas mayor extension y por otra parte reconoció que le faltaba poder para defender contra Garibaldi la nueva política liberal del gobierno de Nápoles; por esto exigió como condicion de toda aproximacion que Francisco II renunciara completa y sinceramente á toda tentativa de volver á someter á la fuerza á la Sicilia. El rey de Nápoles aceptó aunque con grandísimo disgusto esta condicion, y entonces Cavour no pudo menos de entrar en negociaciones con el enviado extraordinario que Francisco II mandó á Turin, y hasta impulsado por la diplomacia tuvo que recomendar á Víctor Manuel que disuadiera á Garibaldi en una carta autógrafa de pasar al continente en caso de que el gobierno de Nápoles efectuara de veras la evacuacion de Sicilia. Aunque este paso de Víctor Manuel no produjo, segun era de presumir, el resultado que se pretendía, siempre era un bochorno exigir semejante cosa á Garibaldi, pues que con esto se daba nuevo fundamento á la grandísima desconfianza que Cavour le inspiraba.

Durante las semanas anteriores se había manifestado ya de un modo muy desagradable el contraste entre Garibaldi y Cavour. A mediados de junio había pasado La-Farina por encargo de Cavour á Palermo para apresurar la anexion de la isla, y consiguió que el consejo municipal de la capital y mas de otros trescientos consejos municipales se pronunciaran en este sentido; pero Garibaldi respondió que depondría la dictadura solo cuando tuviera efectuada la unidad de toda la Italia; y en su consecuencia dimitieron sus cargos el 24 de junio algunos de sus ministros, y á los demás, entre ellos

Crispi, obligó á hacer lo mismo una manifestacion callejera. Garibaldi entonces, aunque involuntariamente, se inclinó todavía mas hácia la izquierda, y á pesar de su aversion á Mazzini pareció que éste iba á ganar influencia sobre él si pasaba á Sicilia, segun se decía. En este caso estaba decidido Cavour á hacer prender á Mazzini y conducirlo al continente, á cuyo fin dió las instrucciones convenientes al almirante Persano, que se hallaba con algunos buques en el puerto de Palermo. Esta disposicion no llegó á realizarse, porque Maz-

zini no se presentó en Sicilia; pero en cambio Garibaldi mandó prender en la noche del 7 al 8 de julio á La-Farina y con él tambien á dos espías corsos (1), y los hizo conducir á Génova. Cavour le dejó hacer por no irritarle, y escribió sobre esto á un amigo que Garibaldi estaba profundamente indignado de la cesion de Niza, que consideraba como una ofensa personal que no perdonaría nunca. «Si un cambio de ministros pudiera restablecer la buena armonía, sería menester no perder de vista este punto; pero ¿á quién poner en



El general Lamoricieri

nuestro lugar?» Sin embargo, por si Garibaldi se excedía mas y llegaba á negar la obediencia al rey, dió Cavour desde luego las órdenes convenientes al almirante Persano, hasta para el caso de que el dictador pasara al continente. En esta contingencia autorizó al almirante para pasar á Nápoles y si allí estallara un movimiento, proclamar, á despecho de Garibaldi, el gobierno de Víctor Manuel, añadiendo: «Esté usted alerta, almirante; se acerca el momento decisivo. Se trata de la conclusion de la obra mas grande de nuestro tiempo: de libertar á Italia de los extranjeros, de malos soberanos y de... locos.»

A pesar de las opiniones tan encontradas de Garibaldi y Cavour, concordaban ambos en un punto que, considerado prácticamente, era en aquel momento el mas importante. A

consecuencia de los esfuerzos de Mazzini y de su amigo Bertani, que era muy íntimo de Garibaldi, se habían reunido en Génova y otros puntos marítimos unos 9,000 voluntarios, que debían efectuar un desembarco en los Estados de la Iglesia bajo la direccion de Pianciani, cuyo jefe de estado mayor era el alemán Rustow. Cavour no quiso impedir á la fuerza esta expedicion para no ofender la opinion pública, pero hizo cuanto pudo por desviarla de los Estados de la Iglesia, á cuyo fin se valió de Farini para firmar con Bertani un convenio (2) en el cual éste se obligó á conducir la expedicion primero al golfo de Aranci cerca de Terranova, en la isla de Cerdeña, y luego á Sicilia, desde donde podía dirigirse á donde mas le conviniese. Sucedió que justamente en aquellos días se había convencido Garibaldi de que no podía contar con los sicilianos para un desembarco en la Calabria, y

(1) Uno de estos espías fué Griscelli, de cuyas memorias hemos hablado ya. Véase tambien Chiala, tomo III, pág. 498.

(2) Rustow, pág. 281.